

FELICIDAD EN LA VIDA FAMILIAR Y SUERTE EN EL NEGOCIO

Después de nuestro regreso a Medellín comenzó para Elisabeth una larga serie de meses tranquilos, y para mí llenos de trabajo, porque el fuerte auge comercial en todo el país trajo consigo mes a mes una expansión en aumento de los negocios del banco. Tenía poco tiempo libre. Además de las visitas obligatorias, ocasionalmente realizaba con Elisabeth un paseo vespertino en coche por los alrededores. Casi no había autos en Medellín. De vez en cuando también se presentaba un grupo de teatro ambulante, en lo demás estaba solo el cine, al que la gente concurría con gusto, tanto para verse a sí misma como para ver la película, casi siempre muy mala. Era el tiempo de las películas de crímenes, las cuales, hay que decir, tenían una influencia muy negativa sobre las clases más bajas de la población, en algunos crímenes que sucedieron en ese tiempo pudo demostrarse que los delincuentes siguieron exactamente el ejemplo dado en la película. Con intervalos más largos, hubo festejos en el Club Unión. Además, surgió en ese tiempo el Club Campestre, con una ubicación hermosa en la carretera entre las localidades de El Poblado y Envigado, con la única piscina de natación de la región, a excepción de un pequeño balneario en el restaurante El Jordán, en el pueblo de Robledo, que había sido durante años nuestro punto de excursión preferido.

Por mi parte, seguía realizando con frecuencia, los domingos en la mañana, mis acostumbradas excursiones a la montaña. Salía de casa cerca de las seis, subía los casi exactos mil metros de las lomas ubicadas sobre la ciudad, ya sea de Santa Helena o La Laguna, y entre las diez y once de la mañana estaba de regreso en casa.

Un corto tiempo antes o después de mi aventurero viaje a Bucaramanga hice también con Elisabeth su primera salida a caballo. Walter Springer nos acompañó y logramos en un día cabalgar cuarenta kilómetros por las montañas, con el ascenso por Santa Helena y el descenso por el Alto de las Palmas. Elisabeth soportó esa cabalgata de manera excelente, y también fue por muchos años su mejor hazaña ecuestre. Poco después se anunció el inminente aumento de la familia, lo que le impidió por un tiempo la equitación.

Pero incluso después, curiosamente, nunca alcanzó de nuevo su rendimiento de novata, ni mucho menos lo superó.



Hans Sitarz en la piscina del Club Campestre, Medellín

Para Elisabeth fue muy agradable que un día recibiéramos a unos vecinos muy amables, un matrimonio suizo, el doctor Scherer y su esposa, personas amenas y cultas. El doctor era veterinario en la Escuela de Agronomía del departamento de Antioquia. A través de él, tuve la oportunidad un día de comprar un excelente caballo de silla. Era una hermosa yegua, bastante grande para los parámetros de la región, con manchas blancas y grises, que el dueño anterior había hecho participar en carreras. Durante años este animal, fogoso y resistente, me dio muchas alegrías. Una cabalgata mañanera de cuatro horas y cuarenta kilómetros de larga no la cansaba. Cuando Krische, después de una visita en Medellín, partió una mañana con el tren, mantuve la velocidad de este hasta la estación de Copacabana, ubicada a unos quince kilómetros de la ciudad. En realidad me favoreció que el tren debió detenerse algunas veces y yo pude tomar unos atajos, sin embargo este podía desarrollar una velocidad bastante alta en el trayecto llano.

El 16 de diciembre de 1926 nació nuestro primer hijo, un varón, que recibió mi nombre, Hans. El doctor Calle ayudó a traer al niño al mundo con la colaboración de una enfermera indígena. Todo salió bien. Me permitieron asistir al parto. La madre y el niño estaban bien y Elisabeth se repuso pronto del alumbramiento.

Durante la última semana de diciembre el banco estuvo cerrado por los festivos habituales, y como sabía que Elisabeth estaba en buenas manos y yo necesitaba, después del intenso trabajo del año, un pequeño descanso, hice con Walter Springer y un amigo colombiano suyo llamado Botero, que posteriormente se convirtió en su cuñado, una excursión a caballo de cuatro días a las montañas. También en esta oportunidad mi yegua respondió de forma excelente, mientras que la mula de Botero colapsó al tercer día; con mucho esfuerzo la llevamos hasta la localidad de Santo Domingo, donde Botero debió alquilar otro animal para el resto del viaje.



Hans Sitarz con Hans Sitarz hijo (de 3 meses de edad) en Medellín

Así como había finalizado el año 1926, comenzó 1927, es decir, el auge económico persistió y la actividad comercial era de mes a mes más dinámica. Las transacciones del banco alcanzaron cifras que poco tiempo atrás ni hubiéramos soñado. Recuerdo que después de una corta serie de feriados las operaciones del primer día laboral en una página del Libro Mayor ascendían

a más de siete millones de pesos. La causa de este ascenso fenomenal no fue del todo saludable. Lo era en cuanto a que se basaba en mayores precios de los productos de exportación colombianos, especialmente del café. Pero insalubre porque se debió, en gran parte, a la enorme afluencia de fondos de bonos norteamericanos. Esto había comenzado en 1924, después de que bajo el gobierno del presidente Pedro Nel Ospina, Colombia había casi salido de sus deudas y, de allí se hizo más propaganda por parte de la Comisión de Finanzas de los Estados Unidos, bajo el profesor Kemmerer. A largo plazo, resultó beneficioso para el país.

El cauto y conservador presidente Ospina había sugerido, después de ordenar las finanzas estatales, aceptar un préstamo de veinte millones de dólares en los Estados Unidos para la construcción de ferrocarriles y carreteras que para el país hubiera sido fácil de afrontar. En vista de la favorable recepción que encontró enseguida en Nueva York, pronto su política financiera mesurada fue hecha a un lado y en especial después de su retiro del gobierno, fueron aceptados todos los préstamos que se pudieron obtener. Pronto se superó el monto de cien millones de dólares. No solo el Gobierno nacional, sino también los gobiernos departamentales y las ciudades más importantes, empezaron a tomar créditos, para cuyo uso conveniente en la mayoría de los casos no se habían realizado los planes adecuados. Se iniciaron obras públicas mal planificadas en todas partes que devoraban gigantescas sumas, sin que se crearan los contravalores equivalentes.

Sobre una base más saludable que el emprendimiento de las autoridades, se perfiló el del sector privado. Muchas empresas nuevas de índole industrial fueron fundadas, la mayoría de las cuales se consolidaron con el tiempo a pesar de las dificultades iniciales. Esto no era de extrañar. Colombia prácticamente no poseía una industria propia y protegía a cada empresa recién fundada con altas tasas aduaneras a la importación.

En relación con la situación económica en general, como ya se mencionó, se desarrollaron también las transacciones del banco, que alcanzaron en 1927 su mayor extensión espacial. Además de la sede central en Medellín y la sucursal creada paralelamente en Bremen, el banco poseía, en ese momento, sucursales en Armenia (Caldas), Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Honda y Girardot. Asimismo, se mantenían agencias en Cartagena y Buenaventura. Esta última fue el único fracaso en la serie de fundaciones de sucursales; había sido creada a pedido de la sucursal en Cali, pero demostró, después de un corto período de prueba, no ser rentable y fue cerrada. La agencia en Cartagena, que en un principio estaba bajo la administración de la empresa Ed. Victor Sperling, fue convertida en 1928, en una sucursal con todos los requisitos, pero nunca logró alcanzar mucha importancia.

El número de sucursales del banco, así como el aumento general de las transacciones, hizo más perceptible día a día que el capital incrementado en 1924 a dos millones de pesos, ya no estaba a la altura de las circunstancias, que habían cambiado. Las negociaciones que se habían iniciado en 1926 terminaron con la decisión de un nuevo aumento del capital a cinco millones de pesos, el cual la asamblea general de los accionistas en Medellín aprobó el 26 de agosto de 1927. El nuevo capital fue aportado, en parte, por interesados americanos, ingleses, holandeses y suizos. El mayor interés surgió en Nueva York, donde hubiera sido muy fácil reunir todo el importe del aumento de capital y aun más.

El gran éxito de nuestro banco tuvo como efecto que este se puso en cierta forma de 'moda' y atrajo a la mejor clientela de todo el país. Los únicos círculos que se comportaron con frialdad hacia nosotros fueron los manizaleños, que estaban disgustados aún debido al fracaso en la idea de fundar una sucursal en su ciudad, en 1915, y los círculos de accionistas de los viejos bancos bogotanos, que observaban nuestro exitoso desarrollo con gran envidia y evidente desagrado. A pesar de la existencia de bancos norteamericanos e ingleses, teníamos numerosos clientes de estas nacionalidades gracias a nuestro trato amable, como era reconocido abiertamente.



Estación de ferrocarril Porcecito

Entre mis clientes norteamericanos en Medellín los más interesantes eran probablemente los hermanos McGuire, que poseían una mina de oro, plantaciones de azúcar y haciendas de ganado. Los conocía personalmente desde largo tiempo atrás, cuando un día el hermano mayor, Ernest, me vino a ver y

consultó si yo le podría dar un crédito de veinticinco mil pesos para compra de ganado. Le respondí que primero tenía que saber sobre sus condiciones financieras para ese fin y le pregunté por su balance. Él no sabía qué era eso, y cuando se lo expliqué dijo que lo mejor sería que fuera a visitarlo, viera por mí mismo sus propiedades y las de sus hermanos, la mina y la hacienda La Clara, y luego yo mismo hiciera el balance. Él y sus hermanos no tenían deudas. Acepté la propuesta y me fui un día en el ferrocarril de Antioquia hasta la estación Porcecito, donde me esperaba un enviado a caballo de los McGuire con un hermoso caballo. En el límite de su propiedad me esperaba Ernest McGuire, también a caballo, y empezamos enseguida la inspección de una parte de su propiedad agrícola. Todo estaba en buenas condiciones, a pesar de que el suelo de la zona no era el mejor. Pero los McGuire no lo habían elegido para la agricultura, sino debido a la mina de oro.

Al anochecer llegamos a la vivienda, un edificio sólido y espacioso que creaba una impresión más urbana que campestre. Los McGuire estaban orgullosos del mismo, y en especial de su baño, equipado con lo más moderno, como en ese momento debía haber pocos en cualquier ciudad de Colombia. La cena fue buena y como bebida refrescante hubo algunas botellas de champaña.

A la mañana siguiente continuamos nuestra cabalgata de inspección y visitamos, ante todo, la mina de oro, que me interesaba mucho. No era una mina subterránea, sino el lecho del río Porce, que había sido drenado mediante un canal artificial cavado para desviar el curso del agua.

Este trabajo enorme se había hecho de una manera sorprendentemente sencilla con la energía hidroeléctrica. En las montañas cercanas, varios cientos de metros sobre la mina, se habían recolectado las aguas de un pequeño río, que fueron trasladadas por unos fuertes tubos de acero al lugar de trabajo. Los tubos, cuya parte que conducía a través del valle del río era flexible, terminaban en un así llamado *monitor*, un aparato que se asemejaba a un cañón. De su cañería de desagüe se podía arrojar un chorro de gran fuerza que arrasaba, incluso, gigantescos bloques de roca como si fueran cajas de fósforos vacías. Con la ayuda de este chorro de agua se había cavado el nuevo lecho del río. La mano de obra humana se necesitaba solo en forma reducida. Por lo demás, los mismos McGuire trabajaban en todas partes a la par.

De vuelta en casa, revisé los documentos comerciales que McGuire me presentó y observé que de la mina ya se había extraído oro con una recaudación de dos millones y medio de dólares. Cuando le pregunté a Ernest dónde había guardado tanto dinero, se rió y dijo que, como buen minero de oro, había cometido el error de invertir enseguida el producto de una buena mina de oro en la compra de otras minas de oro y ahí estaba aún invertido. Según

mis hallazgos, la fortuna de los hermanos ascendía a doscientos cincuenta mil pesos, que de todas maneras era suficiente para concederle el crédito que había solicitado de veinticinco mil pesos. Hasta el final de mi actividad en Medellín los McGuires fueron clientes agradables del banco. Venían de Oklahoma y habían llegado años atrás a Colombia con quinientos pesos, que habían pedido prestados, para probar aquí suerte, lo que también habían logrado. Pero todos murieron temprano, en parte debido al trabajo físico desmedido en un clima insalubre, y en parte por las fiestas con demasiado alcohol.